ILDEFONSO PEREDA VALDÉS

Por F. Lanau, A. Pastor y H. Fernández y González

EL INVENTOR FRACASADO

(CUENTO)

Juan Grave era un sabio que había dedicado toda su actividad científica a las investigaciones médico-legales, especializándose también en Criminología. Se graduó de doctor en Medicina y cirujía en la Universidad de Montevideo, a la temprana edad de veinte y dos años, y desde niño demostró especiales inclinaciones por la Criminología, habiéndosele sorprendido un día midiendo la capacidad craneana de su señor padre, para constatar si aquel buen señor era un criminal nato o un criminal pasional. En el momento en que voy a narrar su más extraordinaria aventura, el ilustre doctor Juan Grave, ostentaba pomposamente en sus tarjetas los siguientes y sucesivos títulos académicos:

JUAN GRAVE

Médico Director del Instituto de Medicina Legal. Doctor en Medicina y Cirujía. Director de la Revista de Criminología. Miembro correspondiente de la Academia de Medicina de Lisboa. — Miembro ad-honorem de la Academia de Medicina de Osaka. Miembro correspondiente de la Academia de Medicina de Madrid. Profesor ad-honorem de la Universidad de Columbia. Profesor Honorario de la Facultad de Medicina de Burdeos, etc., etc.

El doctor Juan Grave había presentado a las distintas academias de las que era miembro correspondiente, sendos trabajos científicos, algunos de los cuales merecieron la publicación oficial en las principales revistas médicas europeas. Pero el doctor Juan Grave no se encontraba satisfecho de su copiosa labor científica. Presentía que algo grave, en consonancia con su apellido, tenía que acontecerle. Su mejor amigo era el doctor Luis Izquierdo, médico como Grave, pero que no podía ostentar aún un número tan lucido de títulos académicos; Izquierdo, se conformaba con ser discípulo de Grave y seguía al pie de la letra las enseñanzas del maestro.

Diariamente llegaba a la morada de Grave y pasábase horas de amena conversación con éste. Grave le confiaba todos sus secretos, tantos los científicos como los domésticos porque hay que saber que el señor Grave era casado y tenía una hermosa hija. El único inconveniente del doctor Izquierdo era su extraordinaria indiscreción; bastaba que se le confiara un secreto con cargo de no revelarlo, para que al momento todo el mundo lo supiera, pero esto no lo hacía sino por amor al maestro; por ese deseo incontenido e incontenible de hablar de la ciencia y la experiencia de su sabio amigo. La señorita de Grave era realmente apetitosa, con sus permanentes quince abriles, florecientes de juventud y frescura. Estudiaba medicina, no tanto por vocación, como por cumplir el deseo de su señor padre, que anhelaba ver continuada en esa hija la tradición científica de los Graves; sus abuelos y bisabuelos habían sido médicos afamados, y sus retratos se exhibían en los salones de la Facultad de Medicina.

Las continuadas visitas del doctor Luis Izquierdo a la morada de los Grave comenzaban a inquietar a los vecinos, pues éstos no alcanzaban a deducir bien, si el doctor Izquierdo frecuentaba la morada de los Graves, por amor a la ciencia, o por amor a los rubios cabellos, y a los azules ojos de la señorita Grave. Y lo más probable era, que el doctor Grave quisiera desposar a su hija con su más caro discípulo, para continuar también la tradición científica, pues, es frecuente ver a los discípulos de los sabios casarse con las hijas de los maestros, y el doctor Grave, que ostentaba en sus tarjetas más de doce títulos académicos, era fiel cumplidor de la tradición científica, histórica, y toda cuanta tradición hubiera podido recojerse

Pero los conjeturales amores de la señorita Grave con el doctor Luis Izquierdo no nos interesan mayormente...

Aquella tarde llegó, como acostumbraba hacerlo, al domicilio del doctor Grave, el doctor Luis Izquierdo, y encontró a su querido maestro profundamente cogitabundo.
en el mundo.

—¿Qué le sucede? — dijo tímidamente el discípulo.

—Pues, nada, que he de revelarte uno de los secretos más profundos y conmovedores que puedas imaginarte, pero te ruego seas conmigo igual que un confesor; recibe mi confesión y guárdala en lo más hondo de tu alma.

—Así lo haré, querido maestro.

—Pues bien, has de saber que en este momento estoy a punto de ser uno de los hombres más célebres del mundo. He descubierto el más extraordinario invento que la ciencia moderna médico-legal pueda concebir. Tú sabes, que la Medicina Legal ha vivido siempre en un estado estacionario, y casi nadie ha podido aportar ningún invento útil a la investigación judicial para el descubrimiento de los misteriosos crímenes que sacuden la conciencia tranquila de los pacíficos habitantes de una ciudad, para producir en ella espasmos espeluznantes y terribles.

Mi invento me ha costado muchos años de profunda investigación. Por un momento, creí que yo era incapaz de crear algo original, y que mi labor se reduciría siempre a una mera obra de divulgación científica, pero un día tuve la revelación de que yo estaba llamado a solucionar uno de esos grandes problemas que conmoverían a la humanidad por lo atrevido de la concepción y el beneficio que a ella le producirían. He pasado muchas noches sin dormir pensando en mi invento...

—Pero maestro, digo pronto cuál es el invento que yo ardo en deseos de conocerlo.

—Pues bien, ven a mi laboratorio de Medicina Legal y te lo enseñaré.

El maestro y el discípulo pasaron al laboratorio de Medicina Legal del sabio profesor; grandes mesas blancas estaban llenas de tubos de ensayo, en las paredes carteles con cabezas de criminales, con evidentes síntomas de microcefalia, compases de Brocca, y en medio de aquella blancura médica de las paredes, la señorita Luisa Grave, que apenas había notado la presencia de su señor padre, trabajaba absorta en la preparación de un tubo de ensayo.

—Este es el aparato — dijo el doctor Grave — señalándolo — que he inventado para descubrir los crímenes misteriosos. Tiene por objeto determinar la mayor distancia a que se puede tener una pistola apunto a la cabeza y disparando por medio del gatillo.

Vds. recordarán el misterioso suceso de los esposos Galveston. Una mañana apareció en un cuarto del Hotel del Globo el cadáver de la señora Galveston. Galveston dijo que su señora se había suicidado y nadie se ocupó más del asunto. Y bien, yo puedo comprobar con mi aparato que el tiro vino de una distancia mayor de la que ella podía alcanzar con su mano. Y de esta manera, puedo demostrar la inocencia de muchos acusados y el delito de otros que son absueltos por la justicia por falta de pruebas para condenarlos.

El doctor Grave continuó explicando a su discípulo de qué manera se había valido para descubrir el misterioso crimen de la Rambla Wilson y otros crímenes más, a cuyo esclarecimiento fuera llamado como perito.

Izquierdo abrazó a su maestro y se despidió de él, con el deseo loco de comunicar la sensacional noticia a todo el mundo...

A las veinticuatro horas toda la ciudad estaba enterada del sensacional descubrimiento del doctor Grave; no se hablaba de otra cosa; los periódicos publicaban su retrato y se ocupaban del suceso con grandes títulos: «El sensacional invento del doctor Grave». Desaparición absoluta y total de los crímenes misteriosos». «No más misterios, desaparición del reinado de la tiniebla».

Al principio, el doctor Grave empezó a recibir felicitaciones de sus colegas y de la policía de investigaciones. No cabía de satisfacción dentro de sí, y ocupóse febrilmente en la redacción de la voluminosa memoria que debía presentar en la primera reunión de la Sociedad de Medicina y que titularía: «Aparato revelador original del Dr. Juan Grave».

El lunes fué el día señalado para la presentación de la memoria, y el sábado por la noche, el doctor Juan Grave recibió una carta del periódico más sensacionalista de la ciudad, que usaba desde hacía mucho tiempo un sistema intensivo de «chantage», la cual estaba concebida en estos términos:

«Doctor Juan Grave:

Mucho nos ha sorprendido su pretensión irrisoria de terminar con los crímenes misteriosos. El periódico «Las Noticias» no puede permitir que por culpa de su maldito invento se suspenda la publicación del folletín: «El crimen misterioso de la degollada de la Rambla Wilson»; además, Vd. con su invento nos arruinaría totalmente. Este periódico desde su fundación viene explotando con gran éxito el renglón «crímenes misteriosos» y su desdichado invento sería la causa inmediata de nuestra ruina.

Si Vd. no retira la memoria que piensa presentar a la Sociedad de Medicina, publicaremos un folletín relatando sus relaciones amorosas con la señora del doctor X.

Somos de Vd. atte. S. S.

LOS DIRECTORES.»

El doctor Grave después de la lectura de la carta, cayó de plomo sobre el sillón. Estaba anonadado, derrotado. Cuando llegó su discípulo a la hora de su cotidiana visita, lo encontró sumido en profundísima meditación...

—¿Qué le pasa, maestro?

—Nada, lea esa carta.

Y así fué como el doctor Juan Grave, miembro correspondiente de la Academia de Medicina de más de cinco países, que por primera y única vez iba a dotar a la humanidad de un invento beneficioso para ella, cayó enfermo durante una semana con una fuerte fiebre; y pasó el lunes, día en que debía leer la memoria y no apareció por la Sociedad de Medicina.

Ildefonso PEREDA VALDES.